

Carson McCullers

El corazón es un cazador solitario

Prólogo de Elvira Lindo





Seix Barral Biblioteca Formentor

Carson McCullers

El corazón es un cazador solitario

Prólogo de Elvira Lindo

Traducción del inglés por
Rosa María Bassols Camarasa

Título original: *The Heart is a Lonely Hunter*

© The Estate of Carson McCullers and Columbus State University's Carson McCullers Center for Writers and Musicians, 1943

© por la traducción, Rosa María Bassols Camarasa

© por el prólogo, Elvira Lindo, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: junio de 2017

ISBN: 978-84-322-3255-8

Depósito legal: B. 11.923-2017

Composición: Àtona – Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

En la ciudad había dos mudos, y siempre estaban juntos. Cada mañana a primera hora salían de la casa en que vivían y, cogidos del brazo, bajaban por la calle en dirección al trabajo. Los dos amigos eran muy diferentes. El que siempre encabezaba la marcha era un griego obeso y soñador. En verano llevaba un polo amarillo o verde chapuceadamente embutido en los pantalones por delante y suelto por detrás. Cuando hacía frío, se echaba encima un informe jersey gris. Tenía la cara redonda y grasienta, de párpados semicerrados y labios que se curvaban en una blanda y estúpida sonrisa. El otro mudo era alto, y en sus ojos brillaba una expresión vivaz, inteligente. Vestía siempre de forma inmaculada y sobria.

Cada mañana los dos amigos caminaban silenciosamente juntos hasta alcanzar la calle mayor de la ciudad. Entonces cuando llegaban ante una determinada tienda de frutas y bombones se detenían un momento en la acera. El griego, Spiros Antonapoulos, trabajaba para su primo, el propietario de la frutería. Su trabajo consistía en hacer bombones y dulces, desembalar las frutas y mantener limpia la tienda. El mudo delgado, John Singer, casi siempre ponía su mano en el brazo de su amigo y le miraba durante un segundo antes de separarse de él. Luego, después de esta despedida, Singer cruzaba la calle y se dirigía, solo, a la joyería donde trabajaba como grabador de vajilla de plata.

A última hora de la tarde los amigos se volvían a encontrar. Singer regresaba a la frutería y esperaba hasta que Antonapoulos estaba listo para volver a casa. El griego estaba quizá desembalando perezosamente una caja de melocotones o melones, o leyendo la tira cómica del periódico en la cocina situada en la trastienda, donde preparaba sus golosinas. Antes de marchar, Antonapoulos abría siempre una bolsa de papel que durante el día tenía escondida en uno de los estantes de la cocina. La bolsa en cuestión contenía diversos bocados que el griego había recogido: una fruta, muestras de chocolate, o la parte final de un embutido de hígado. Generalmente, antes de salir, Antonapoulos se acercaba contoneándose suavemente al escaparate de la tienda donde se guardaban las carnes y los quesos. Abría el cristal de la parte trasera del escaparate y su regordeta mano palpaba amorosamente en busca de algún bocado exquisito que había llamado su atención. A veces, su primo, el propietario del negocio, no le veía. Pero si se daba cuenta, miraba a su primo con expresión de advertencia en su tenso y pálido rostro. Entonces, con tristeza, Antonapoulos, se limitaba a cambiar de lugar el bocado en cuestión. En estas ocasiones, Singer adoptaba una postura muy envarada, con las manos en los bolsillos, y mirando en otra dirección. No le gustaba ser testigo de estas escenas entre los dos griegos. Porque, exceptuando la bebida y cierto placer secreto y solitario, a Antonapoulos lo que más le gustaba en el mundo era comer.

Al atardecer, los dos mudos regresaban juntos lentamente al hogar. En casa, Singer no dejaba de hablarle a Antonapoulos. Sus manos formaban rápidas secuencias de palabras. En su cara había ansiedad, y sus ojos, de un tono gris verdoso, centelleaban brillantemente. Con aquellas delgadas pero fuertes manos le contaba a Antonapoulos todo lo ocurrido durante el día.

Antonapoulos se recostaba perezosamente en su silla y miraba a Singer. Era muy raro que se decidiera a mover las manos para hablar... y, cuando lo hacía, era para decir que deseaba comer o beber o dormir. Estas tres cosas las decía

siempre con los mismos gestos vagos, torpes. Por la noche, si no se encontraba demasiado bebido, se arrodillaba antes de acostarse y rezaba durante un rato. Sus regordetas manos formaban las palabras «Bendito Jesús», o «Dios», o «Amada María». Éstas eran las únicas palabras que Antonapoulos decía. Singer nunca sabía hasta qué punto su amigo comprendía todas las cosas que él le contaba. Pero esto carecía de importancia.

Los dos hombres compartían la primera planta de una casita situada cerca del barrio comercial de la ciudad. Había en ella dos habitaciones. En el hornillo de petróleo de la cocina, Antonapoulos preparaba todas sus comidas. Había sillas rectas, sencillas, de cocina, para Singer y un sofá demasiado relleno para Antonapoulos. El dormitorio estaba amueblado principalmente con una gran cama doble, cubierta con un edredón confortable, para el voluminoso griego, y un estrecho catre de hierro, para Singer.

Tardaban mucho en cenar, porque a Antonapoulos le encantaba comer, y era muy lento. Después de la cena, el voluminoso griego se recostaba en su sofá y lentamente se relamía cada uno de los dientes con la lengua, bien fuera por cierta delicadeza o porque no deseaba perder el sabor de la comida..., mientras Singer lavaba los platos.

En ocasiones, los mudos jugaban al ajedrez por la noche. Singer siempre había disfrutado mucho con este juego, y años atrás había intentado enseñárselo a Antonapoulos. Al principio su amigo no logró interesarse en las razones por las que se mueven las piezas en el tablero. Más tarde Singer empezó a guardar una botella de algo bueno debajo de la mesa para tomar después de cada lección. El griego nunca consiguió comprender los movimientos extravagantes de los alfiles y la movilidad arrolladora de las reinas, pero aprendió a efectuar algunas jugadas de apertura corrientes. Prefería las piezas blancas y no jugaba si le tocaban las negras. Después de los primeros movimientos, Singer proseguía el juego solo mientras su amigo observaba soñolientamente. Si Singer realizaba brillantes ataques contra sus propias piezas de modo que al final el rey

negro recibiera jaque mate, Antonapoulos se sentía siempre orgulloso y encantado.

Los dos mudos no tenían más amigos y, excepto cuando se hallaban en su trabajo, siempre estaban juntos, y solos. Todos los días eran iguales para ellos, porque estaban tan solos que nada les estorbaba. Una vez por semana acudían a la biblioteca para que Singer retirara una novela de misterio, y el viernes por la noche iban al cine. El día de paga iban siempre a un fotógrafo de diez centavos situado encima del Almacén del Ejército y la Marina para que Antonapoulos pudiera fotografiarse. Éstos eran los únicos lugares a los que acudían con regularidad. Había muchos sectores de la ciudad que jamás habían visto.

La ciudad estaba enclavada en pleno Sur. Los veranos eran largos y los meses de frío invernal, escasos. Casi siempre el cielo ofrecía un aspecto azul, cristalino, y el sol ardía con un resplandor desenfrenado. Más tarde venían las lluvias suaves, frías de noviembre, y quizá después las heladas, y unos cortos meses de frío. Los inviernos eran variables, pero los veranos eran siempre abrasadores. La ciudad era bastante grande. En la calle mayor había varias manzanas de tiendas de dos o tres pisos y oficinas comerciales. Pero los mayores edificios de la ciudad eran las fábricas, que daban empleo a un alto porcentaje de la población. Eran hilanderías muy grandes y florecientes, aunque la mayor parte de los obreros de la ciudad eran muy pobres. Con frecuencia podía observarse en las caras de la gente que caminaba por la calle una desesperada expresión de hambre y de soledad.

Pero los dos mudos no sufrían la soledad. En casa se sentían contentos de comer y beber, y Singer no dejaba de hablar ansiosamente con las manos a su amigo sobre todo lo que le pasaba por la mente. De modo que los años pasaron de esta tranquila manera hasta que Singer llegó a la edad de treinta y dos años, después de diez de vivir con Antonapoulos en la ciudad.

Entonces, un día el griego cayó enfermo. Se incorporó en la cama con las manos sobre su voluminosa barriga, y

gruesas y aceitosas lágrimas rodaron por sus mejillas. Singer fue a ver al primo de su amigo, el dueño de la frutería, y arregló también las cosas para poder faltar a su propio trabajo. El médico prescribió una dieta para Antonapoulos, y le dijo que no podría beber vino nunca más. Singer hizo cumplir rigidamente las órdenes del doctor. Durante todo el día se mantenía sentado junto a la cama de su amigo y hacía todo lo que podía para que el tiempo pasara rápidamente, pero Antonapoulos no hacía más que mirarle con irritación por el rabillo del ojo, y no parecía nada satisfecho.

El griego se mostraba muy quejumbroso y no dejaba de encontrar defectos a los zumos de frutas y comida que le preparaba Singer. Constantemente le pedía a su amigo que le ayudara a bajar de la cama para poder rezar. Sus enormes nalgas se desplomaban sobre sus regordetes piecillos al arrodillarse. Describía con las manos las palabras «Amada María», y luego cogía la cruccita de latón que llevaba al cuello pendiente de un sucio trozo de cordel. Sus grandes ojos subían hacia el techo con una expresión de temor en ellos, y después se mostraba muy malhumorado y no dejaba a su amigo que hablara con él.

Singer era paciente y hacía todo lo que estaba en su mano. Hacía dibujitos y en una ocasión dibujó el retrato de su amigo para divertirlo. El retrato hirió los sentimientos del griego, que se mostró ofendido hasta que su amigo retocó el dibujo haciéndole parecer más joven y guapo, coloreándole el pelo de amarillo brillante y los ojos de azul porcelana. Entonces trató de no delatar su agrado.

Singer cuidó a su amigo tan cariñosamente que al cabo de una semana Antonapoulos pudo volver a su trabajo. Pero a partir de aquel momento algo cambió en su manera de vivir. Y empezaron los problemas para los dos amigos.

Antonapoulos ya no volvió a ponerse enfermo, pero en él se había producido un cambio. Se mostraba irritable y ya no se contentaba con pasar las noches tranquilamente en casa. Cuando quería salir, Singer lo seguía muy de cerca. Antonapoulos se dirigía a un restaurante, y mientras

se sentaban a la mesa cogía furtivamente terrones de azúcar, o un pimentero o algún cubierto. Singer siempre pagaba sus robos, y no había problemas. En casa reñía a Antonapoulos, pero el corpulento griego se limitaba a mirarle con una blanda sonrisa.

Pasaron los meses, y los hábitos de Antonapoulos no hicieron más que empeorar. Un día salió tranquilamente de la frutería de su primo a las doce del mediodía y orinó en público en la pared del First National Bank, al otro lado de la calle. A veces, al encontrarse en la acera con personas cuya cara no le gustaba tropezaba con ellas deliberadamente y las empujaba con los codos y el vientre. Un día penetró en una tienda y cargó con una lámpara de pie sin pagarla, y en otra ocasión trató de robar un tren eléctrico que había visto en una vitrina.

Para Singer, aquélla fue una época de gran aflicción. Continuamente tenía que llevar a Antonapoulos al tribunal durante la hora del almuerzo para resolver estas infracciones de la ley. Singer se familiarizó con los procedimientos del tribunal de justicia, y se hallaba en un estado constante de agitación. El dinero que tenía ahorrado en el banco se disipó en fianzas y multas. Todos sus esfuerzos y dinero apenas bastaban para evitar que su amigo fuera a la cárcel, tantas eran las acusaciones de robo, indecencia pública y lesiones.

El primo griego para el que trabajaba Antonapoulos no se había mezclado en todos estos problemas. Charles Parker (éste era el nombre que su primo había adoptado) permitía que Antonapoulos siguiera trabajando en la tienda, pero no dejaba de observarle con su cara pálida, tensa, y no hacía el menor esfuerzo por ayudarlo. Singer experimentaba un extraño sentimiento hacia Charles Parker. Empezó a sentir antipatía por él.

Singer vivía en continua agitación e inquietud. Pero Antonapoulos se mostraba siempre afable, y pasara lo que pasara, su flácida sonrisa no se le borraba de la cara. En todos aquellos años, Singer siempre había tenido la impresión de que había algo muy sutil y sabio en la sonrisa de su

amigo, aunque jamás había llegado a saber hasta dónde llegaba la comprensión de Antonapoulos, ni lo que el griego estaba pensando. Ahora, en la expresión de su amigo, a Singer le pareció detectar un deje de astucia y de burla. Sacudía a su amigo por los hombros hasta cansarse, y una y otra vez le explicaba cosas con las manos. Pero de nada servía.

Singer había perdido todo el dinero, y tuvo que pedir un préstamo al joyero para quien trabajaba. En una ocasión no logró pagar la fianza de su amigo, y Antonapoulos tuvo que pasar la noche en la cárcel. Cuando Singer llegó para sacarlo al día siguiente, el griego estaba muy malhumorado. No quería irse. Le había gustado la cena a base de carne de cerdo y pan de maíz rociado con jarabe. Y también sus compañeros de celda y el nuevo sistema de dormir.

Habían vivido tanto tiempo solos que Singer no tenía a nadie que le ayudara en su aflicción. Antonapoulos no permitía que nada le preocupara o le curara de sus hábitos. En casa, a veces preparaba el nuevo plato que había comido en la cárcel, y en la calle nunca había forma de saber cómo se comportaría.

Y entonces a Singer se le presentó el problema final.

Una tarde en que había ido a la frutería a encontrarse con Antonapoulos, Charles Parker le tendió una carta. Ésta explicaba que Parker había hecho preparativos para que su primo fuera internado en un manicomio estatal situado a trescientos veinte kilómetros de allí. Charles Parker había empleado su influencia en la ciudad, y los detalles estaban ya fijados. Antonapoulos iba a marcharse, y sería admitido en el manicomio a la semana siguiente.

Singer tuvo que leer la carta varias veces, y durante un rato fue incapaz de pensar. Charles Parker le decía cosas desde el otro lado del mostrador, pero Singer ni siquiera trataba de leerle los labios y comprender. Al final, Singer escribió en el pequeño bloc que siempre llevaba en el bolsillo:

No puede usted hacer esto. Antonapoulos tiene que quedarse conmigo.

Charles Parker sacudió la cabeza con excitación. No sabía mucho americano. «No es asunto suyo», repetía sin cesar.

Singer sabía que todo había terminado. El griego tenía miedo de que algún día pudieran responsabilizarle de su primo. Charles Parker no sabía mucho sobre la lengua americana... pero comprendía muy bien el dólar americano, y había utilizado su dinero e influencia para que admitieran a su primo en el manicomio sin demora.

Singer no podía hacer nada.

La semana siguiente estuvo llena de febril actividad. Hablaba y hablaba. Y aunque sus manos jamás se tomaban un descanso, no era capaz de decir todo lo que tenía que decir. Quería contarle a Antonapoulos todos los pensamientos que había albergado su mente y su corazón, pero no había tiempo. Sus grises ojos brillaban y su vivaz e inteligente cara expresaba gran tensión. Antonapoulos le miraba con actitud soñolienta, y su amigo no conseguía saber lo que el griego había comprendido en realidad.

Llegó el día en que Antonapoulos tenía que irse. Singer tomó su propia maleta y con sumo cuidado empaquetó lo mejor de sus posesiones conjuntas. Antonapoulos, por su parte, se preparó un almuerzo para comer durante el viaje. A última hora de la tarde anduvieron juntos del brazo calle abajo por última vez. Era una fría tarde de finales de noviembre, y el aliento se condensaba ante su boca.

Charles Parker iba a viajar con su primo, pero ahora se mantuvo alejado de ellos en la estación. Antonapoulos subió atropelladamente al autobús y se instaló con cuidadosos preparativos en uno de los asientos delanteros. Singer le observaba por la ventanilla, y sus manos empezaron a hablar desesperadamente por última vez a su amigo. Pero Antonapoulos estaba tan ocupado comprobando el contenido de su almuerzo que durante un rato no le prestó mucha atención. Justo en el momento en que el autobús se

apartaba del bordillo, se volvió hacia Singer y mostró su sonrisa blanda y distante..., como si se encontrara a muchos kilómetros de distancia.

Las siguientes semanas no parecieron reales. Durante todo el día, Singer trabajaba en su banco de la trastienda de la joyería, y por la noche regresaba a casa solo. No deseaba otra cosa que dormir. En cuanto llegaba a casa se echaba en su catre y trataba de dormir un rato. Le asaltaban entonces los sueños. Y en todos ellos aparecía Antonapoulos. Sus manos se agitaban nerviosamente, porque en sus sueños le hablaba a su amigo, y Antonapoulos le estaba observando.

Singer trató de pensar en la época en que no conocía aún a Antonapoulos. Intentó relatarse a sí mismo algunas cosas que le habían sucedido cuando era joven. Pero nada de lo que trató de recordar le pareció real.

Había en particular un hecho que recordaba muy bien, aunque en realidad carecía de importancia para él. Singer recordaba que, aunque era sordo de nacimiento, no siempre había sido mudo. Siendo aún muy niño, quedó huérfano y fue internado en una institución para sordos. Aprendió a hablar con las manos y a leer. Antes de cumplir nueve años era capaz de hablar con una sola mano, al modo americano..., y también de emplear las dos, según el método europeo. Había aprendido a seguir el movimiento de los labios de la gente y a comprender lo que decían. Finalmente, le enseñaron a hablar.

En la escuela se le consideraba muy inteligente. Aprendía las lecciones antes que el resto de los alumnos. Pero nunca consiguió acostumbrarse a hablar con los labios. No era algo natural en él, y tenía la impresión de que su lengua era de un tamaño descomunal. Por la expresión de la cara de sus interlocutores cuando les hablaba así, comprendía que su voz debía de sonar como la de un animal, o que había algo desagradable en su habla. Le resultaba doloroso tratar de hablar con la boca, pero en cambio sus manos estaban siempre dispuestas para formar las palabras que deseaba decir. A los veintidós años se trasladó desde

Chicago a esta ciudad del Sur e inmediatamente conoció a Antonapoulos. Desde entonces no había vuelto a hablar con la boca, porque con su amigo no necesitaba hacerlo.

Nada parecía real excepto los diez años transcurridos con Antonapoulos. En sus entresueños veía al amigo muy vívidamente, y al despertar experimentaba una dolorosa soledad. De vez en cuando le enviaba un paquete a Antonapoulos, pero jamás recibía ninguna respuesta. Y así pasaban los meses de esta manera vacía, soñadora.

En primavera se operó un cambio en Singer. No podía dormir, y su cuerpo sufría continua inquietud. Por la noche daba monótonos paseos por la habitación, incapaz de desprenderse de una nueva sensación de energía. Si conseguía dormirse, era sólo unas pocas horas antes del alba..., cuando caía francamente en un sueño que duraba hasta que la luz de la mañana le hería de repente bajo sus entreabiertos párpados como una cimitarra.

Empezó a pasar las noches caminando por la ciudad. No podía ya permanecer en las habitaciones en que Antonapoulos había vivido, y se hospedó en una vieja pensión no lejos del centro de la población.

Hacía sus comidas en un restaurante situado a sólo dos manzanas de distancia, al extremo de la larga calle mayor, y que se llamaba el café Nueva York. El primer día echó una rápida mirada al menú y escribió una breve nota, tendiéndosela al propietario.

*Cada mañana, como desayuno, deseo un huevo, tostadas,
y café...* \$ 0,15

*Para comer, sopa (de la que sea), un bocadillo de carne
y leche...* \$ 0,25

*Por favor, sírvame para cenar tres verduras (excepto col),
pescado o carne, y una jarra de cerveza...* \$ 0,35

Gracias.

El propietario leyó la nota y lanzó a Singer una mirada vigilante, discreta. Era un hombre duro de mediana estatura, con una barba tan oscura y espesa que la parte infe-

rior de su cara parecía vaciada en hierro. Por lo general permanecía en el rincón junto a la caja registradora, los brazos cruzados sobre el pecho, observando silenciosamente todo lo que pasaba a su alrededor. Singer llegó a conocer muy bien el rostro de aquel hombre, porque desde entonces hizo sus tres comidas diarias en una de sus mesas.

Todas las noches, el mudo caminaba solo durante horas por la calle. A veces las noches eran frías, soplaban los fuertes y húmedos vientos de marzo, y llovía copiosamente. Pero esto no le importaba. Su paso era agitado, y mantenía siempre las manos bien metidas en los bolsillos del pantalón. Luego, a medida que transcurrieron las semanas, los días se fueron haciendo más cálidos y lánguidos. Su agitación dio paso gradualmente al agotamiento, y mostraba una expresión de profunda calma. Parecía estar tranquilo pero meditativo, algo que a menudo se descubre en las caras de las personas muy tristes o muy juiciosas. Pero seguía vagando por las calles de la ciudad, siempre silencioso y solo.

2

Una oscura y sofocante noche de comienzos de verano, Biff Brannon se encontraba de pie tras la caja registradora del café Nueva York. Eran las doce. Afuera habían apagado ya las farolas, de modo que la luz procedente del café formaba un bien delimitado rectángulo amarillo en la acera. La calle estaba desierta, pero en el local había media docena de clientes tomando cerveza, vino de Santa Lucía o whisky. Biff permanecía imperturbable, con el codo descansando sobre el mostrador y el pulgar aplastando la punta de su larga nariz, los ojos atentos. Observaba especialmente a un hombre bajo y rechoncho, vestido con mono, que se había emborrachado y empezaba a mostrarse violento. De vez en cuando su mirada se desviaba hacia el mudo sentado cerca de él a una de las mesas del centro, o a los demás clientes de la barra. Pero sus ojos

siempre volvían al borracho vestido con mono. Se hacía tarde, y Biff continuaba esperando silenciosamente detrás del mostrador. Finalmente, echó una última ojeada al restaurante y se dirigió a la puerta del fondo que daba a la escalera.

Entró sin hacer ruido en la habitación de arriba. Estaba a oscuras, y Biff caminó con precaución. Después de unos pocos pasos su pie tropezó con algo duro; alargó la mano y tocó el asa de una maleta depositada en el suelo. Llevaba sólo unos segundos en la habitación y se disponía a irse cuando se encendió la luz.

Alice se incorporó en la desordenada cama y le miró.

—¿Qué estás haciendo con esa maleta? —preguntó—. ¿No eres capaz de librarte de ese lunático sin devolverle el importe de lo que se ha bebido?

—Levántate y baja tú misma. Llama a la poli y haz que lo encierren a régimen de pan de maíz y guisantes. Anda, ocúpate tú, señora Brannon.

—Lo haré sin duda si sigue ahí mañana. Pero deja estar la maleta. Ya no pertenece a ese gorrón.

—Conozco a los gorriones, y Blount no es uno de ellos —replicó Biff—. De mí..., ya no estoy seguro. Pero lo que sí sé es que no soy un ladrón de esa clase.

Con toda calma, Biff depositó la maleta en la escalera. El aire no era tan viciado y sofocante en la habitación como abajo en el local. Decidió quedarse un ratito y mojarse la cara con agua fría antes de volver.

—Ya te he dicho lo que haré si no te libras de ese tipo esta misma noche. Durante el día duerme la siesta en la trastienda, y por la noche le das de cenar y cerveza. Hace una semana que no paga un centavo. Y sus maneras extravagantes de hablar y comportarse arruinarían cualquier negocio decente.

—No sabes nada de la gente ni de los verdaderos negocios —dijo Biff—. El tipo en cuestión llegó hace doce días y era forastero en la ciudad. La primera semana se gastó veinte dólares. Veinte, como mínimo.

—Y desde entonces, a crédito —replicó Alice—. Cinco

días a crédito, y tan borracho que es una vergüenza para el local. Y además, es un tipo inútil y estrafalario.

—Me gustan los tipos estrafalarios —señaló Biff.

—¡Imagino que sí! Me imagino que deberían gustarte, ya que tú eres uno de ellos, señor Brannon.

Éste se frotó su azulada barbilla y no le prestó atención. Durante los primeros quince años de su vida matrimonial se habían llamado sólo Biff y Alice. Luego, en una de sus peleas, empezaron a llamarse mutuamente señor y señora, y desde entonces no se habían vuelto a reconciliar lo bastante para dejar de hacerlo.

—Te advierto que será mejor que no esté ahí cuando yo baje mañana.

Biff entró en el cuarto de baño y después de lavarse la cara decidió que tendría tiempo de afeitarse. Tenía la barba negra y espesa como si fuera de tres días. Se quedó de pie ante el espejo frotándose la mejilla con aire meditabundo. Lamentaba haber hablado con Alice. Con ella, lo mejor era el silencio. El estar cerca de aquella mujer siempre le había alienado de su auténtico yo, volviéndose duro, insignificante, vulgar, como ella. Los ojos de Biff eran fríos y miraban fijamente, medio ocultos por la cínica caída de sus párpados. En el dedo meñique de su callosa mano lucía una sortija matrimonial de mujer. Tras él, la puerta estaba abierta, y en el espejo podía ver a Alice acostada.

—Escucha —dijo—. Lo malo en ti es que no hay bondad alguna. No he conocido más que una mujer con la bondad auténtica a que me refiero.

—Bueno, sé que has hecho cosas de las que ningún hombre se enorgullecería. Me he enterado de que tú...

—O quizá me refiero a la curiosidad. Nunca te das cuenta de las cosas importantes que suceden. No eres observadora, ni tratas de imaginarte nada. Quizá ésta sea la mayor diferencia entre ambos, a fin de cuentas.

Alice casi se había dormido otra vez, y por el espejo él la observó con indiferencia. No había en ella ningún detalle característico que pudiera llamar su atención, y su mirada se deslizó desde su claro cabello castaño hasta el re-

gordete perfil de sus pies que se destacaba bajo la colcha. Las suaves curvas de su cara preparaban el camino para la redondez de sus caderas y muslos. Cuando se encontraba lejos de ella no había un solo rasgo que se le quedara grabado en la mente, y la recordaba como una figura incompleta, ininterrumpida.

—Lo que nunca has sabido hacer es disfrutar de un espectáculo —sentenció.

La voz de la mujer sonaba cansada:

—Este tipo de abajo es un espectáculo, sin duda, y también un circo. Pero no pienso soportarlo más.

—¡Demonios!, este hombre no significa nada para mí. No es ni un pariente ni un compadre. Pero tú no sabes qué es acumular un montón de detalles y luego tropezar con algo real.

Abrió el grifo del agua caliente, y rápidamente empezó a afeitarse.

Fue la mañana del quince de mayo, sí, cuando Jake Blount apareció. Inmediatamente observó su presencia y se dedicó a vigilarlo. El hombre en cuestión era bajo, y con unos hombros fuertes como vigas. Tenía un bigotito recortado, y bajo éste su labio inferior daba la impresión de haber sido picado por una avispa. Había muchas cosas en aquel tipo que parecían contradictorias. La cabeza era grande y bien formada, pero el cuello era suave y delgado como el de un muchacho. El bigote parecía postizo, como destinado a un baile de disfraces, y daba la impresión de que iba a caerse si su propietario hablaba demasiado deprisa. Le hacía parecer casi de mediana edad, aunque aquel rostro, con su frente alta y suave y los ojos abiertos de par en par, era joven. Tenía unas manos enormes, sucias y callosas, e iba vestido con un traje barato de hilo blanco. Había algo muy divertido en aquel personaje, aunque al mismo tiempo despertaba otra sensación que le impedía a uno reírse.

Pidió una jarra de cerveza y se la bebió en media hora. Luego se sentó en uno de los reservados y tomó una abundante comida a base de pollo. Más tarde se dedicó a

leer un libro y a beber cerveza. Aquello fue el comienzo. Y aunque Biff había observado a Blount con mucho detenimiento, no llegó a imaginarse las absurdas cosas que sucederían después. Nunca había visto experimentar tantos cambios a un hombre en doce días. Jamás había visto a un tipo beber tanto, ni permanecer borracho tanto tiempo.

Biff se empujó hacia arriba la punta de la nariz con el pulgar y se afeitó el labio superior. Al concluir, tenía la cara más fresca. Alice se había dormido cuando él cruzó la habitación para bajar al local.

La maleta era pesada. La llevó a la parte delantera del restaurante, detrás de la caja registradora, donde solía permanecer todas las noches observando a los clientes. Metódicamente, paseó su mirada por el local. Algunos clientes se habían marchado, y la habitación no estaba tan atestada, pero el ambiente era el mismo. El sordomudo seguía bebiendo café en una de las mesas del centro. El borracho no había cesado de hablar. No se dirigía a nadie en particular, ni tampoco nadie le escuchaba. Aquel día llevaba el mono azul en vez del traje de hilo blanco que luciera los otros doce días. No llevaba calcetines, y mostraba unos tobillos arañados y cubiertos de barro endurecido.

Biff consiguió captar algunos fragmentos de su monólogo. El individuo parecía estar hablando otra vez de alguna misteriosa clase de política. La noche anterior se la había pasado contando cosas sobre los lugares en que había estado: Texas, Oklahoma y ambas Carolinas. En una ocasión inició el tema de las casas de mala nota, y luego sus bromas se hicieron tan crudas que hubo que silenciarlo con cerveza. Pero la mayor parte del tiempo nadie sabía de qué estaba hablando. Hablar, y hablar, y hablar. Las palabras salían de su garganta como una catarata. Y lo extraño era que su acento iba cambiando, así como las palabras que empleaba. A veces hablaba como un botarate, y en otras ocasiones disertaba como un profesor. Usaba palabras kilométricas, y luego cometía garrafales errores gramaticales. Resultaba difícil adivinar qué clase de amigos tenía o de qué parte del país procedía. Cambiaba conti-

nuamente. Biff se acarició pensativamente la punta de la nariz. No había coherencia, aunque ésta va generalmente acompañada de inteligencia. Aquel hombre tenía una buena disposición, sin duda, pero iba de una cosa a otra sin razón alguna. Era como un hombre al que algo le hubiera despistado.

Biff se apoyó en el mostrador y empezó a leer atentamente el periódico de la noche. Los titulares hablaban de una decisión tomada por el Consejo de Aldermen, después de cuatro meses de deliberaciones, sobre la imposibilidad de financiar la instalación de semáforos en ciertos cruces peligrosos de la ciudad. La columna de la izquierda informaba sobre la guerra en Oriente. Biff leyó los dos temas con la misma atención. Y mientras sus ojos seguían las letras impresas, el resto de sus sentidos se mostraban atentos a las diversas conmociones que tenían lugar a su alrededor. Aun después de haber terminado la lectura de los artículos, siguió mirando fijamente el periódico con los ojos semicerrados. Se sentía nervioso. El hombre aquel era un problema, y antes de que amaneciera tendría que llegar a alguna especie de arreglo con él. Igualmente, sin saber el motivo, tenía la sensación de que aquella noche iba a suceder algo importante. El individuo no podía quedarse allí eternamente.

Biff tuvo la impresión de que había alguien en la entrada, y levantó los ojos con rapidez. Una larguirucha y desgredada jovenzuela, una niña de unos doce años, estaba de pie en la puerta, mirando. Iba vestida con unos *shorts* caqui, camisa azul y zapatillas de tenis, de modo que a primera vista parecía un muchachito. Biff apartó el periódico al verla, y sonrió cuando la niña se le acercó.

—Hola, Mick. ¿Has estado con las *scouts*?

—No —repuso ella—. No pertenezco a las *scouts*.

Por el rabillo del ojo, Biff notó que el borracho descargaba el puño sobre la mesa y daba la espalda a los hombres con quienes había estado hablando. La voz de Biff se endureció al hablar con la muchacha que tenía ante sí.

—¿Sabes tus padres que estás fuera de casa pasada la medianoche?